

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

77

---

Director de la colección  
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Ambrosio de Milán

SOBRE LA FE

Introducción, traducción y notas de  
Secundino García

© Secundino García

© 2009, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-166-5  
Depósito Legal:

Impreso en España

Preimpresión: MCF Textos. Madrid  
Imprime:

## INTRODUCCIÓN

### 1. AMBROSIO Y SU ÉPOCA

Cuando Ambrosio accede a la sede episcopal de Milán a finales del 374, el Imperio se encuentra gobernado por tres emperadores: Valentiniano I, su hermano Valente, a quien confió el Oriente, y su hijo mayor Graciano, gobernador de las Galias, la Bretaña y España. Valentiniano tiene de su segunda esposa, Justina, otro hijo, el futuro Valentiniano II. Al año siguiente (375), Valentiniano I muere de repente de un ataque de apoplejía y su círculo de conocidos intenta hacer aclamar por el ejército al pequeño Valentiniano como emperador, sin escuchar la opinión de Graciano. Éste acepta el hecho consumado pero guarda para sí a partir de entonces el mando sobre todo el Occidente. Graciano, que residía normalmente en Trèves, hace poco después, en 376, un viaje a Roma, pasando probablemente por Milán, pero no tenemos noticia de que entonces se encontrara con Ambrosio, obispo de la ciudad.

La historia nos relata los siguientes acontecimientos: Los godos, a quienes Valente había permitido establecerse en Tracia, se revelan contra el Imperio y el emperador Valente tiene que enfrentarse a ellos. Solicita ayuda a Graciano, que abandona Trèves a comienzos de 378, pero que se retarda en Alsacia por un ataque de los alanos, venidos desde las orillas del lago Constanza. Después de hacerlos retroceder, desciende por el Danubio hasta llegar a Sirmio a co-

mienzos del mes de julio, donde permanece cuatro días, y continúa su camino hacia la Tracia. Por su parte, Valente comete la imprudencia de iniciar la batalla contra los godos sin esperar la llegada de su sobrino, y su ejército es derrotado frente a Adrianópolis, el 9 de agosto de 378, y él mismo muere en la batalla<sup>1</sup>. Los godos se aprovechan de la victoria y se extienden hacia el oeste, en dirección a Italia. Graciano, replogado en Sirmio, hace venir desde España a un general de reconocido prestigio, Teodosio, y el 19 de enero de 379 le hace proclamar por el ejército emperador para suceder a Valente. Todos estos acontecimientos hacen que la corte imperial se traslade desde Sirmio hasta Milán, donde gozará de una mayor paz, alejada de las incursiones de los godos.

Como hemos indicado el obispo de la ciudad de Milán es Ambrosio<sup>2</sup>, elegido y consagrado en 374 para suceder a un obispo homeo, Auxencio, que había gobernado la diócesis milanesa durante diecinueve años, siendo fiel a las definiciones del concilio de Rímmini (359), donde, de manera fraudulenta, los partidarios del arrianismo habían conseguido un consenso respecto a una definición muy desdibujada sobre la naturaleza del Hijo respecto del Padre. Únicamente una iota, pero importante por su sentido y consecuencias, separaba a los arrianos homeos de los católicos orto-

1. A los ojos de Ambrosio, y de todos los ortodoxos, esta muerte era el justo castigo de sus culpables simpatías hacia los arrianos y concretamente hacia los homeos, es decir, los que afirmaban que Cristo era semejante en todo al Padre menos en la sustancia; cf. AMBROSIO, *De fide*, II, 16, 136-143; J. R. PALANQUE, *Saint Ambroise et l'Empire romain*, Paris

1933, pp. 49-50 y 56-57; F. H. DUDDEN, *The life and times of St. Ambrose*, vol. 1, Oxford 1935, pp. 160-176.

2. Para los distintos pormenores biográficos puede consultarse con provecho las diversas introducciones a los volúmenes 21, 41, 65 y 66, que en esta misma colección se han publicado sobre distintas obras de san Ambrosio.

doxos: se trataba de saber si el Hijo de Dios era «consustancial» al Padre (*homooúsios*) como había definido el concilio de Nicea (325), o si, por el contrario, el Hijo de Dios era «de una naturaleza semejante» al Padre (*homoioúsios*), pero no del todo igual. Se trataba, en efecto, de una forma moderada, pero nítida de un subordinacionismo que rechazaba la doctrina proclamada en Nicea<sup>3</sup>.

Hacia el año 376, Ambrosio no duda en abandonar Milán e ir precisamente a Sirmio para apoyar, en una elección episcopal, al católico Anemio frente al candidato arriano apoyado por la viuda del emperador Valentiniano. Ambrosio sale victorioso y da también un duro golpe a la herejía en su plaza más fuerte, como nos cuenta su más antiguo biógrafo<sup>4</sup>.

Así pues, hacia el año 378 hay que situar el encuentro de Ambrosio con el emperador Graciano en Sirmio, y poco después hay que datar la petición del emperador, que desea ser instruido con profundidad en la fe de Ambrosio<sup>5</sup>. Esta petición da pie al obispo de Milán para influir en Graciano, que se encontraba muy ocupado en diversas cuestiones del Imperio; así, por ejemplo, dedicaba su mayor atención a las guerras del Danubio y el acercamiento de los godos, como queda reflejado en el tratado de Ambrosio<sup>6</sup>.

El obispo de Milán observa la importancia de fomentar el entendimiento con el emperador Graciano. Conoce per-

3. Más adelante haremos mención de otras corrientes teológicas contemporáneas a Ambrosio.

4. Cf. PAULINO, *Vida de Ambrosio*, 11, 1. Para una perspectiva más amplia sobre la actitud de Ambrosio respecto al arrianismo, cf. M. SIMONETTI, «La politica antiarriana di Ambrogio», en G. LAZZATI (dir.), *Ambrosius Episco-*

*pus*, Atti del Congresso internazionale di studi ambrosiani nel XVI centenario della elevazione de sant'Ambrogio alla cattedra episcopale, Milano 2-7 dicembre 1974, vol., 2, ed. Vita e Pensiero (Studia Patristica Mediolanensia, 6), Milano 1976, pp. 266-285.

5. Cf. *De fide*, I, prol., 1.

6. Cf. *Ibid.*, I, prol., 3.

fectamente que los soldados de la Dalmacia, que luchaban al lado del emperador, eran arrianos, y el emperador pagano, aunque Ambrosio escriba en la dedicatoria de su tratado: «Vas a aprender la fe que desde la más tierna infancia has guardado con piadoso afecto»<sup>7</sup>. De igual manera, muchas de las personas que frecuentaban la corte imperial profesaban la fe promulgada en Rímini. Así pues, fue en la ciudad de Sirmio donde Ambrosio se encontró por primera vez con el emperador, que se encontraba en dicha ciudad por ser la base de operaciones desde la que Graciano se enfrentaba contra la invasión de los godos<sup>8</sup>.

Ambrosio y Graciano debieron encontrarse personalmente en alguna ocasión más, pero no muchas, pues el emperador estaba en campaña con relativa frecuencia. Una de esas citas ocasionales fue la que sirvió a Graciano para solicitar la continuación de los dos primeros libros *Sobre la fe*, cuando Ambrosio estaba ocupado en el tratado *Sobre el Espíritu Santo*.

Muere Graciano asesinado en 383 y el nuevo emperador Teodosio, envuelto en guerras y venganzas, no siempre se encuentra satisfecho con Ambrosio. Estas circunstancias hacen que el obispo se aleje de la corte, y dedique los últimos años de su vida al apostolado y a recorrer las distintas diócesis sufragáneas de Milán. Es el momento en que debió tener un contacto más intenso con sus fieles y se hace más notoria la fama alcanzada fuera de su diócesis<sup>9</sup>. Fomenta las ceremonias sagradas, el canto y compone distintos himnos para la liturgia.

Durante los tres últimos años se dedicó plenamente al cometido de su trabajo pastoral, viajando constantemente y

7. Ibid., I, prol., 2.

8. Cf. Ibid., II, 16, 136.

9. Cf. L. GARCÍA, «Contra

Prisciliano», en *I Concilio de Toledo. Historia*, Madrid 2000, p. 72.

acudiendo a la ordenación de obispos. Al regreso de uno de esos viajes desde Pavía, cae enfermo y muere el cuatro de diciembre de 397.

## 2. LAS FUENTES DEL TRATADO *SOBRE LA FE*

El siglo IV está lleno de acontecimientos trascendentales en la historia de la Iglesia. Los cristianos pasan de una época de persecución y de opresión a poder disfrutar de libertad dentro de la sociedad, gracias al emperador Constantino, hasta el punto de que el cristianismo llega a ser la religión oficial en tiempos de Teodosio a finales de siglo. Florecen las escuelas de Alejandría y Antioquía como consecuencia del proceso comenzado con Orígenes en Alejandría o Luciano en Antioquía. Los autores cristianos asimilan las ciencias y las letras de la cultura antigua.

Es cierto que las escuelas habían ido corrigiendo errores que venían de antiguo, pero no acaban de abandonar un racionalismo que conducía a sus seguidores a eliminar de la doctrina cristiana el elemento del misterio, surgiendo de este modo una interpretación contraria al sentir tradicional cristiano. En este ambiente, y sobre todo en la escuela de Alejandría, nacen los errores doctrinales de Arrio, quien no constituye más que un pequeño exponente –aunque el más renombrado y de quien toma nombre la herejía– de los muchos autores que defendieron esa doctrina.

### *a. El arrianismo*

Arrio nace hacia 260 en Libia y tiene su momento de mayor actividad entre 315 y 323. Sacerdote bajo el episcopado de Alejandro de Alejandría, comenzó a difundir su doctrina en esos años, suscitando entusiasmos y críticas vio-

lentas desde los primeros momentos. El obispo Alejandro, ante la situación creada por la predicación de Arrio y la reacción de sus oponentes, convoca una reunión en la que el presbítero Arrio expone de modo inaceptable las tendencias subordinacionistas de su doctrina. Los obispos africanos reunidos en 318 condenan a Arrio y le solicitan que renuncie a las ideas que predica, no conformes con la tradición ortodoxa<sup>10</sup>. La condena infligida a Arrio no pone fin a la controversia, sino que la alienta mucho más. Entonces Arrio es invitado a abandonar Alejandría, lo que le sirvió para encontrar rápidamente discípulos e influyentes defensores de su doctrina.

La doctrina de Arrio, que Ambrosio tiene presente en su tratado, ha llegado hasta nosotros en dos cartas y en un fragmento del *Banquete (Thalia)*, que nos ha conservado Atanasio. De la carta que Arrio escribió al obispo Eusebio de Nicomedia conservamos el siguiente pasaje: «Arrio injustamente perseguido por el obispo Alejandro (de Alejandría) a causa de aquella verdad, victoriosa en todos los aspectos, que tú mismo profesas, envía sus saludos en el Señor a su queridísimo señor, hombre de Dios, fiel y ortodoxo Eusebio»<sup>11</sup>. Termina con las siguientes palabras: «Nos persiguen porque decimos que el Hijo tiene comienzo, pero que Dios es sin comienzo. Por eso nos persiguen; y, asimismo, porque decimos que es de la nada. Y esto lo decimos porque él no es ni parte de Dios, ni (está hecho) de otra materia subyacente. Por eso nos persiguen. Lo demás ya lo sabes. Adiós». Y también: «El obispo nos maltrata y persigue muy severamente y nos causa mucho dolor, nos ha arrojado de la ciudad como a ateos, por no estar de acuerdo con él en lo que públicamente predica»<sup>12</sup>.

10. Cf. EPIFANIO, *Panarion*, 69, 1-10.

11. ATANASIO, *De synodis*, 17.  
12. *Ibid.*

También Atanasio nos ha conservado el siguiente fragmento del *Banquete*, escrito por Arrio: «Solo él, Dios, no tiene a nadie que le sea igual, parecido, o de igual gloria. Le llamamos el ingénito a causa de aquel que es engendrado por naturaleza. Le ensalzamos como quien no tiene origen y le ensalzamos como eterno en razón de aquel que comenzó a existir en el tiempo. El que no tiene comienzo hizo al Hijo comienzo de las cosas creadas y se lo ofreció a sí mismo como hijo y lo adoptó. Nada tiene propio de Dios según su subsistencia, ya que no es igual ni consustancial con él... Hay pues una trinidad, pero no son glorias iguales»<sup>13</sup>.

El núcleo de la doctrina de Arrio es, a grandes rasgos, la siguiente: parte de un principio que condicionó en Arrio las relaciones entre Dios Padre y Dios Hijo. Este principio afirma que la divinidad tiene que ser necesariamente increada e ingénita; de aquí que el Hijo de Dios no podía ser verdadero Dios. El Hijo es la primera de las criaturas, y como todas las demás, creada de la nada y no de una sustancia divina. Es un Dios de segundo orden. Hubo un tiempo en que no existió el Hijo de Dios. Y fue Hijo no en sentido metafísico sino moral, y se le llama Dios impropriadamente, porque el Padre le adoptó en previsión de sus méritos. Por lo tanto no tiene las cualidades características de la divinidad: semejanza, origen, eternidad y conocimiento. Dios le creó para que fuera el instrumento de la creación, en una situación intermedia entre Dios y el universo.

Arrio parte en su doctrina de una premisa básica en todo su sistema doctrinal: la afirmación de la absoluta unicidad y trascendencia de Dios, que es «principio sin principio» (*agénnetos arché*) de toda la realidad. La profesión de fe arriana es bien precisa: «Reconocemos un solo Dios, el único no engendrado (*agénneton*, es decir, autoexistente), el único eterno,

13. *Ibid.*, 14.

el único sin principio (*ánarchon*), el único verdadero, el único que posee la inmortalidad, el único sabio, el único bueno, el único soberano, etc.». Puesto que es el único trascendente e indivisible, el ser o esencia (*ousía*) de la Divinidad no se puede dividir o comunicar. Así, Arrio entiende que Dios, para ser Dios, no puede comunicar su sustancia a ningún otro ser, pues de lo contrario resultaría una dualidad de seres divinos, mientras que la Divinidad es una por definición.

Conforme a esta premisa, la doctrina de Arrio se puede resumir en cuatro puntos centrales: El Hijo es una criatura (*ktísma* o *poiéma*) que el Padre ha formado de la nada. En este sentido el término «engendrar» es sinónimo de «hacer». En segundo lugar, el Hijo, como criatura que es, ha tenido un principio; con otras palabras, hubo un tiempo en el que el Hijo no existía. En tercer lugar, aunque el Hijo sea la Palabra y la Sabiduría de Dios, en realidad es distinto de esa Palabra y Sabiduría, que pertenecen a la esencia de Dios; el Hijo es sencillamente una criatura que recibe esos títulos porque participa de la Palabra y de la Sabiduría esenciales. Pero en realidad es como las demás criaturas: «extraño y desemejante en todo a la esencia y al ser individual del Padre»<sup>14</sup>. Finalmente, el Hijo está sujeto a cambio, incluso al pecado (*treptós*), pero Dios en su providencia había previsto que no tendría pecado en virtud de una determinación divina, y que por eso Dios le había concedido como un anticipo de su gracia divina. El resultado de esta enseñanza era que el Hijo estaba reducido a una especie de semidiós, que trascendía a todas las demás criaturas, pero que no era sino una criatura respecto del Padre.

Ambrosio matizará estas afirmaciones constantemente en su tratado *Sobre la fe*, aludiendo en general a los arrianos o a Arrio. No obstante, el obispo milanés afirmará que Cristo es la sabiduría, el poder, la divinidad eterna, la cien-

14. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 6.

cia de Dios, el único Dios verdadero, el Hijo de Dios con las mismas características divinas que el Padre, etc.

Por otra parte, la doctrina de Arrio atenta contra los principios de la doctrina católica, al atribuir la redención a un Dios que no era verdadero Dios y por lo tanto, incapaz de redimir a la humanidad. En efecto, defendía que el Logos divino se había unido, en el Cristo encarnado, a la carne privada de alma humana, y de esta manera podía explicar y relacionar con el Logos encarnado todas las pasiones a las que Cristo estuvo sometido, según los relatos evangélicos. Era lógico dudar, según la doctrina arriana, que Cristo fuera verdadero Dios, ya que estuvo sometido a tantas pasiones y cambios. Pero si Cristo no es verdadero Dios, dice la doctrina auténtica de la Iglesia, entonces no hay verdadera redención. Ésta era la profunda dificultad de la doctrina arriana.

Arrio, una vez condenada su doctrina por el Concilio de Nicea (325), es enviado al destierro; vuelve del destierro por orden del emperador y el día antes de que fuera rehabilitado por el obispo de Constantinopla, muere en el baño. Ambrosio nos transmite una descripción muy dura de la muerte de Arrio, comparándola con la de Judas, según el testimonio de Pedro el apóstol, para concluir diciendo: «Las vísceras de Arrio fueron esparcidas –vergüenza me da decir dónde–, y reventó por medio, tendido boca abajo, manchados aquellos sucios labios con los que había negado a Cristo»<sup>15</sup>. Este suceso parece que tuvo lugar el año 336.

### *b. La doctrina del Concilio de Nicea*

Como era de esperar, Alejandro, obispo de Arrio en Alejandría, corrigió inmediatamente las desviaciones doctrina-

15. *De fide*, I, 19, 124.

les de Arrio y lo depuso de su trabajo ministerial después de una investigación pública. Pero Arrio tenía amigos muy influyentes y era un gran demagogo. Es entonces cuando el emperador Constantino toma parte en la polémica, y escribe una carta a ambos contendientes incitándoles a la reconciliación con argumentos políticos que ni Arrio ni el obispo Alejandro tienen en cuenta. Pero el emperador, decidido a restablecer la unidad doctrinal de la Iglesia, convoca el Concilio de Nicea (325).

Las ideas arrianas fueron oficialmente condenadas en dicho Concilio, mediante la promulgación de un Credo que todos los obispos presentes firmaron. En lo más fundamental la fórmula emanada del Concilio afirma: «Creemos en un solo Dios,... y en un solo Señor, Jesucristo, el Hijo de Dios, unigénito nacido del Padre, es decir, de la sustancia del Padre; Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, de la misma naturaleza (*homooúsiou*) que el Padre; por quien todo fue hecho, etc.»<sup>16</sup>.

La teología que se desprende de la fórmula de fe conciliar es nítida: Quien afirme que el Padre preexistía antes que el Hijo o que el Hijo es una criatura que ha venido de la nada y que está sujeto a cambio o evolución moral, es definido como hereje. Será Atanasio quien concretará la condena del arrianismo, basada en la fe viva y en la experiencia de la Iglesia. Así, Atanasio, el más firme defensor de la doctrina de Nicea, dirá que el arrianismo cuestionaba todo lo que la doctrina cristiana tradicional enseñaba respecto de Dios, negando la eternidad de la Trinidad divina e introduciendo un cierto politeísmo<sup>17</sup>. En segundo lugar hacía inútil y estéril el uso, litúrgicamente establecido, de bautizar en

16. E. DENZINGER: *El magisterio de la Iglesia*, ed. Herder, Barcelona 1963, pp. 23-24.

17. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 17ss.; I, 20; III, 15ss.

el nombre del Hijo, además del Padre, y de dirigir oraciones al Hijo<sup>18</sup>. Finalmente, y sin duda era la consideración más importante, según Atanasio Arrio negaba la idea cristiana de la redención en Cristo, ya que únicamente si el mediador es Dios el hombre puede esperar el restablecimiento de la comunión con Dios.

### c. *La teología de san Atanasio*

Ciertamente Ambrosio tiene como punto de mira en su tratado la doctrina arriana y para combatirla tiene como modelo la mayor autoridad al respecto, como era Atanasio de Alejandría. Ambrosio no cita explícitamente en su tratado *Sobre la fe* al obispo alejandrino, como tampoco cita a otros autores griegos que sin duda conocía. Su forma de citar pasa casi desapercibida, como, por ejemplo, cuando expresamente dice: «Los códices griegos»<sup>19</sup>...; y también: «Muchos códices sostienen»<sup>20</sup>... Alude también en otros pasajes a las doctrinas filosóficas, sin citar autores.

Atanasio es la figura cumbre del Concilio Ecuménico de Nicea, donde había acudido acompañando a su obispo Alejandro, a quien sucedería muy poco tiempo después en la sede alejandrina. Atanasio dirige toda su actividad a luchar contra los arrianos, lo que le atrae grandes enemistades y le ocasiona cinco destierros. Cuando regresa de esos confinamientos, de nuevo emprende la lucha contra los arrianos de distintos matices con el mismo tesón y fuerza, sin guardar rencor y siempre conciliador.

En sus escritos sigue a su maestro Orígenes, pero apoyándose en los textos bíblicos, método que sin duda Am-

18. Cf. *Ibid.*, II, 41s.

19. *De fide*, V, 16, 193.

20. *Ibid.*, IV, 1, 14.